

**FRANCISCO
NÚÑEZ ROLDÁN**

**LO QUE LA LUZ
NO SABE**



NOVELA

algaida

LO QUE LA LUZ NO SABE

FRANCISCO NÚÑEZ ROLDÁN

LO QUE LA LUZ NO SABE

algaida



Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2024

© Francisco Núñez Roldán, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-879-5

Depósito legal: SE. 1.867-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

UNO	9
DOS.....	35
TRES	57
CUATRO.....	79
CINCO.....	101
SEIS.....	119
SIETE.....	141
OCHO	169
NUEVE.....	195
DIEZ	227

UNO

LA EXPERIENCIA RESULTA POR LO MENOS CURIOSA, Y no suele fallar: Se toma uno de esos rotuladores anchos para subrayado fluorescente, se coloca horizontal sobre la mano derecha, con los dedos encogidos y el índice algo más estirado. Y se asegura claro está con el pulgar para que no se caiga ni incline.

No da sensación de nada ni es nada, pero si se ve la sombra que proyecta sobre un fondo claro desde una luz conveniente y con ángulo apropiado, la figura parece realmente una mano que está empuñando una pistola pequeña, de esas del 6,35, por ejemplo, que acaban saliendo en las películas en situaciones límite o inesperadas.

Es exactamente lo que acaba de hacer Eugenio. Justo como en la foto de la portada. Por casualidad y solo por experimentar tontamente luces, sombras, más o menos chinescas.

Eugenio Frutos tiene hoy todo el derecho a ignorar que dentro de algunos días se encontrará en una escena pa-

recida donde se jugará sencillamente la vida, pero ahora solo sonrío con el descubrimiento.

—Tiene gracia —murmura en voz alta—. Yo, que me salvé de la mili por pies planos, y ahora cogiendo un arma, aunque no las haya manejado en mi puñetera vida. A ver, a ver... No, no, de policía no voy a hacer, que ya me coge muy tarde. De detective. Eso es, de detective privado. Con lo que me habría gustado a mí serlo... ¿Cómo resultaría? No se puede negar que al menos en la sombra parece que la llevo con garbo y firmeza... Bueno, por lo menos la ficción me regala emociones, misterio.

Mal día para hablar de garbos y firmezas aquel en que se cumple justo un año desde que le despidieron de la academia donde trabajaba de profesor de Historia, cuando aún no había cumplido sesenta y tres veranos, más de dos que le faltaban para la edad oficial de jubilación, todo de golpe y porrazo, sin trabajo alternativo a la vista, con perspectivas de pensión minúscula, de autónomo, cuando llegue el día, para lo cual aún quedan varios meses.

Por todo ello —fundidas las zurrapas de sus últimos ahorros, desierto el paisaje de gentes a quienes sablear, desengañado por los anuncios de préstamos personales—, Eugenio navega esta tarde por su despacho atestado de libros, fotos, morralla arqueológica varia y demás chismes inofensivos. Puro zumo de vida, de muchos años que han dejado emociones sobre páginas y objetos, a la vez que ellos se han ido introduciendo en la cabeza de Eugenio y allí llevan una doble existencia, convertidos en imágenes que le amueblan la memoria.

Este piso pequeño —fruto de la división de uno grande, por eso paga media comunidad, claro—, su despacho, en concreto, la habitación más amplia, es medio mundo de Eugenio. Lo ha sido durante veintisiete años, cuando se trasladó a vivir a él y le alquiló el lugar a doña Mercedes, ya fallecida, y a cuya hija Soledad le paga ahora la renta, bastante conveniente para el bolsillo del inquilino. Eugenio no lo sabe, pero para Soledad él es una especie de móvil y pequeña ONG, porque ella podría ponerle la renta más alta, si quisiera. La ley se lo permite, y hasta la incita a ello.

Pero Soledad no lo va a hacer nunca. Ni se lo dirá a Eugenio. Soledad, guapa que era y es bastante, casi diez años menor que él, farmacéutica —el despacho lo tiene en una barriada periférica y no poco peligrosa—, fue durante bastantes meses, ya lejanos, bastante novia de Eugenio. Allá por el pleistoceno, dice él, cuando habla del tema. Hace unos años, corrige ella. Hace casi dos lustros, en realidad. Ella no se casó luego con nadie. Por culpa de él. O eso le recuerda cíclicamente a Eugenio. A Eugenio le gustaría no creérselo, pero se lo cree. Y está equivocado, pero Soledad usa ese irreversible y afectuoso chantaje moral para tener una baza en su favor cuando habla con Eugenio. Eso, y la renta ajustadita.

De vez en cuando, Soledad y Eugenio se ven, se tienen que ver, se diría que incómodos, por cualquier tema del piso: comunidad, salideros, arreglillos, etc. En sus visitas rememoran sin querer y sin decírselo viejas discusiones, antiguas trifulcas que dejaron cicatrices y pequeñas heridas abiertas dentro de cada uno en distinta medida, de esas que no se han cerrado nunca pero uno no sabe que no se han

cerrado. Y así, en cualquier intercambio de opiniones sobre algún tema doméstico, en apariencia banal, aparecen tonos y reproches revividos de otros tiempos, gestos, miradas que llegan desde muy lejos, sin que quienes los ejercitan sepan cómo ni por dónde han aparecido. Después, cuando han terminado la conversación y se retira cada uno a su cubil, a Soledad y a Eugenio les queda un mal sabor de boca, desproporcionado con las cotidianidades que acaban de debatir, sin saber ninguno de los dos que lo que han hecho es reavivar los rescoldos de un combate de afectos y despropósitos, una relación inconclusa que nunca llegó a rubricarse y que posiblemente no les abandonará en el resto de sus vidas.

Quizá por eso, Eugenio prefiere hablar hoy de sus planes con la segunda mujer importante en su vida. Su hermana Leocadia, que vive en Mahón y a la que acaba de resumirle por teléfono sus proyectos inmediatos, con los que ella discrepa radicalmente.

—¡Detective, sí, hombre, detective! —repite Leocadia gritándole al auricular—. ¡Parece que lo estoy viendo! ¡A tu edad! A un año y poco de retirarte, con lo que decías que te fastidiaba currar, y te vas a meter a detective. En un país donde apenas los hay, bueno, digo yo, y no salen más que en las series de la tele.

—Pero, mujer, piensa que...

—¡Ni piensa, ni nada!

Leocadia, su hermana, cinco años menos que Eugenio, pero seis hijos más, es decir, seis hijos. La voz de la razón, el frenazo a los sueños, los pies en la tierra, como su hermano sabe. Siempre una llamadita. Hace tres años que

no se ven. No importa. Se llaman. Videoconferencias, poco, que dicen que se ven muy viejos y la cámara del teléfono es muy mala. Pero cuentan el uno para el otro. Fraternalmente se quieren y respetan por teléfono. Amor antes por cable. Hoy por satélite, por el móvil, el último modelo que uno de los hijos de Leocadia le ha regalado, lugar adonde suele evitar llamar Eugenio, por la factura, piensa, aunque ya tenga tarifa plana.

—¿Y qué hago, Leocadia, si ya no tengo edad ni cabeza para buscarme otro trabajo?

—En otras academias, ¿has preguntado?

—Pero, mujer, ¡cómo se ve que estás fuera de la dinámica laboral del momento! A ver, ¿cuánto tiempo tardó tu hijo mayor en sacarse las oposiciones de instituto?

—Cuatro años, pero no se trata de...

—¡Justo de eso se trata! Los trabajos están saturados de licenciados. El conserje de la academia esa donde yo trabajaba era un adoquín, pero era licenciado en Sicología, y de los administrativos, uno era perito, ingeniero técnico, que se dice ahora.

—Y ahora me hablarás de tu portera, lo veo venir.

—Exacto, Ignacia, la portera, bueno, esa es un caso extraordinario, ya sabes. Pues a propósito de ella, hombre, ya que me lo has recordado, me dijo el otro día que por fin le han dado la licenciatura en Historia Moderna por la Universidad a Distancia. Y tenía sesenta cuando sacó la de Filosofía. A su edad.

—Pero eso no es normal.

La portera Ignacia es la tercera mujer en la vida de Eugenio. Su caso no es ciertamente común. Eugenio lo

sabe, y debe ser uno de los pocos ciudadanos que presume de empleada de finca urbana ante sus amistades, y cite frases y bibliografía que ella le facilita.

—Bueno, es verdad. La portera no cuenta. Eso de haber aprovechado la paz de la portería para estudiar no es muy corriente. Pero bueno, ya ves, a tu hijo incluso, hasta a uno bien preparado, lo que le cuesta, lo que le costó, y con lo que os gastasteis en la preparación, según te quejabas y decías que se quejaba tu marido.

—Pero tú sabes mucho...

—Para ti, a lo mejor, Leocadia. Para un tribunal sería otra cosa. Además, tendría que estudiarme un montón de cosas nuevas, y ahora les piden hasta legislación educativa, ya ves. Con el poquísimo caso que dicen que se le hace luego... No, no hay tiempo, no tengo ganas y sería casi imposible. Mi vida no ha tirado por ahí.

—Sí, hombre, pero quieres tirar para detective privado. Tú, que ya no estás para dar carreras y no has hecho de policía en tu vida.

—Pues yo. Sí. Sabes que me gustaba. Además, ya lo tengo pensado.

—¿Y cómo?

—No cobraría más que por casos resueltos. Y seguro que resolvería más de uno. Ya sabes que de novela negra he leído mucho.

—Ya. Y no puedes intentar algo con más sentido...

—No, Leocadia, ya te he dicho. Hace un año que me echaron. Y se me acaba este mes la miseria que me dieron por el despido.

—Y era amigo tuyo el director.

—Ni me lo recuerdes.

—Claro, con eso de declarar tú menos para que él pagara menos impuestos... Ya ves, haz favores a los amigos.

—La verdad es que me queda tiempo para pocos favores. Y pocos amigos, José María y Daniel, como mucho, ya sabes. Y quizá Buenaventura, el mendigo. Y si se puede contar, a doña Ignacia, y puede que Sole.

—Pues hay que fiarse poco de ellos. La familia lo primero, ya sabes mi lema.

—Claro, tú que la tienes.

—¿Y yo? ¿No soy yo acaso tu familia? Ya sabes que te he ofrecido mi casa, te aprietas en el cuarto con Manolito y ya está. Hasta que te jubiles dentro de un año y te llegue la paguita esa de autónomo que dices, ¿no? Después tendrías otra vez posibilidad de vivir tu vida.

—Ni hablar, Leocadia. Ni un año ni un mes. Me he acostumbrado demasiado a la soledad..., con minúscula, sí, no te rías. Tengo demasiadas manías. Ni me aguantaríais ni yo os aguantaría. Sería una pena, encima de que, además de hermanos, tú y yo somos amigos, tirar tantos años por la borda.

—Pero, hombre, Eugenio, si Abilio no diría nada...

—Y encima, eso. De limosna con tu marido. Ni hablar. Que ese sé que te echa en cara hasta el tiempo que hablas conmigo.

—Bueno, toda la fuerza se le va por la boca.

—Hombre, a mil kilómetros de distancia no se le iba a ir de otra forma. Mejor no. Desde la última vez que estuve allí me lo dije: cada cual a su casa.

—No creas. Abilio ha cambiado mucho.

—¡Leocadia! Nadie cambia mientras no lo cambian. Eso me dice doña Ignacia, y tiene razón. Y menos a estas edades. Y lo sabes.

—Bueno, sí, es verdad. Pero es que me da algo saber que te vas a quedar en la calle de un día para otro...

—No, mujer, en la calle no. Para cuando Sole quiera echarme, si es que me quiere echar, se han agotado los plazos legales, ando de okupa, que últimamente están muy protegidos, y estoy cobrando ya la pensión. Es este año, este puñetero año lo que joroba todo. Luego, si estoy vivo, será otra cosa con la paga.

—¡Ay, Eugenio, que malísima cabeza! Tenías que haberte casado con ella. Una boticaria, ahí es nada. Menudo braguetazo...

—¡Leocadia, no empieces!

—Bueno, vale, pero ¿y comer? ¿Cómo vas a comer todo ese tiempo?

—Daré más sablazos, a la antigua.

—¿A quién?

—A los amigos.

—Me acabas de decir que tienes pocos, y ya saqueados.

—Y menos quisiera, la verdad. Los que tengo son suficientes. Y me basta y sobra con los libros para entretenerme.

—De los libros no se come. Seguro que te has leído todos los que tienes. Ahora, con lo del *e-book*, los podrías vender.

—¿Venderlos? Por encima de mi cadáver.

—Te has leído casi todos.

—Y qué. Nunca se lee uno completamente un libro. Mientras mejores son, con más gusto los releo.

—Pues yo las revistas las tiro sin leerlas del todo.

—No es lo mismo, mujer.

—Pues ya ves para lo que te ha valido tanto libro. Porque, aparte de cultura, un poquito de dinero también hace falta, ¿no?

—Sí, un poquito, y la verdad, ni ese poquito tengo. Así que he pensado lo de detective. Y por eso te he llamado.

—Ay, que llega Abilio. Te dejo. Ya me contarás.

—¿Ves lo que te decía?

—¡Sí, Maruchi, yo te llamo..., un beso, adiós!

Pitidos intermitentes documentan el fin de la conversación. Eugenio mueve la cabeza, piensa en la excusa tonta que acaba de inventar su hermana para que su marido crea que hablaba con una amiga. Se reafirma interiormente en sus posiciones. Y menos mal que no fuma, que ya no fuma, piensa, aunque le haya quedado esa jodida tos por las mañanas. Para los restos.

Ahora, ganas de orinar. No, la próstata aún no. Es un suponer, claro. Mejor no pensar en ella. Quizá el café, el mucho, demasiado café. Se mira por enésima vez de reojo en el espejo del cuarto de baño durante la micción. De cintura para arriba, que es lo que brinda el cristal: Estatura media, complexión más bien ancha, con esa barriguita, no excesiva, pero que mañana mismo hay que empezar a quitarse, como se dice cada día desde hace muchos años. Cada vez menos pelo, y el que queda, bastante blanco. Bien peinado, quizá demasiado largo. De todos modos, una cabeza romana, como le dijeron ya hace algunos años, como de

casualidad, pero que él ha abrazado como lema para su perfil craneano. El gesto, un poco triste, con ojeras, y el bigote amplio, nietzscheano, blanco, con esos dos extremos hacia abajo, un poco rebasando las comisuras. Bigote de solterón, como le dice Soledad, de solterón guarrete, le pincha su hermana Leocadia. Bueno, solterón, puede. Guarro, ni hablar. Todavía no se han perdido los buenos hábitos de la ducha diaria y el cambio regular de ropa. Quizá ello sea una muestra de autoestima, piensa. Y de estima a los demás, añade. Juramento hecho a sí mismo de no abandonar esas costumbres mientras se tenga fuerza. En la recta final de ser un vejete, pero un vejete limpio y simpático, que es casi lo mismo. Nada de viejo huraño. Corbata, pocas veces. Pero chaqueta sí, siempre con chaqueta. Hasta en verano, de esas claritas y finas. Hoy, chaqueta primaveral. *Tweed* de rebajas, antiguo pero bueno. Pocas chaquetas, pero de calidad, de esas que con el uso están hasta más bonitas. Casi como decía aquel cura importante, aquello de tener una sola sotana..., pero muy buena.

* * *

Casa Mariano, antigua La Monfortina, está en una calle estrecha, inmediatamente paralela a Reina Victoria, cerca de la madrileña glorieta de Cuatro Caminos. No cae lejos del domicilio de Eugenio. El bar es pequeño, barra larga de acero, con mueble expositor encima, donde una puertecilla corredera permite extraer los callos, las albóndigas, las corpezas de cerdo, los chicharrones, las berenjenas con queso y los boquerones en vinagre, los mejores del barrio, dicen,

y quizá sea cierto. Luego, para los platos calientes, el microondas, que hace maravillas.

Lo mejor del bar, su clientela, dice Mariano, y quizá sea también cierto. Sobre todo, tres elementos de su clientela: Eugenio, Daniel y José María, fijos casi cada noche, en la habitacioncilla del fondo con sus cuatro mesas y sillas tipo castellano, de estilo parador de turismo en los ochenta y ya veteranas, aunque su calidad las hace resistir al uso y al tiempo. Hasta allí no llega el televisor, que además anda siempre puesto a un volumen propio de bar de los países nórdicos, pese a inasequibles protestas cotidianas del sector balompédico del establecimiento, quienes aseguran no ver bien si no oyen. Pero Mariano no cede. Para él, el volumen bajito en un establecimiento es símbolo inequívoco de civismo. Y a lo mejor tiene razón.

Eugenio comparte vino y ratos con Daniel, licenciado en Derecho que no ejerce, dueño de una tienda de tejidos cercana donde trabaja toda la familia, y con José María, profesor de instituto recién jubilado y traductor de griego, viudo desde hace unos años, y con dos hijos ya independizados. José María intenta ahora hacer una traducción al castellano, definitiva, asegura, de la *Anábasis* de Jenofonte, edición con notas que resumirá, confirmará o rebatirá todas las ediciones publicadas hasta ahora en castellano. En dicha obra dice querer echar lo que le queda de vida intelectual, junto con otro proyecto que, así como en broma, comenzó a tomar cuerpo en una conversación con sus dos amigos, y que, al decir de Eugenio, como casi todas las bromas es lo que más en serio se dice en la vida. Este lleva cada vez más visos de ser realidad:

Sencillamente una convocatoria oficial a oposiciones a esposa suya.

Y es que José María asegura querer volver a la vida en pareja de la manera más libre, racional y abierta posible, dando oportunidad a todas las mujeres que pueda —asevera—, y no solo con esas con las que conectamos casualmente —sigue diciendo—, mientras que el ser ideal lo mismo pasa, está pasando, en este momento a nuestro lado y ni nos mira. Para remediar tan peliagudo escollo, José María quiere dar la mayor publicidad a dicho concurso-oposición, de cuyas pruebas teóricas y prácticas él será único e indiscutido juez, así como controlador del subsiguiente periodo de prácticas que existirá tras la adjudicación de la plaza. Pero quiere asegurarse de las prendas y virtudes de su futura —dice estar ya muy viejo para errores—, y no ha ideado mejor sistema que el mismo que él tuvo para acceder a su puesto de catedrático de instituto, cuando la palabra catedrático quería decir catedrático: el concurso-oposición libre. En ello, tras una fase de apreciación de las cualidades físicas y espirituales de la aspirante —y previo visto bueno de ella hacia él, porque él será hombre práctico pero no es ningún machista, afirma—, obtendría el título la ciudadana con mejor puntuación, pudiendo el susodicho concurso quedar desierto y haber nueva convocatoria hasta que se cubriese la plaza.

—Pero el temario, José María, ¿te has pensado bien el temario? —insiste Daniel acariciándose la calva.

—Eso, eso —apoya Eugenio—. Los temas tienen que estar muy claritos.

José María toma un sorbo de vino antes de contestar, lo que hace mirando al techo, como siempre que algo exige su concentración.

—Por supuesto, está todo pensado. Se dividirá en tres apartados: domésticos, personales y culturales.

—Muy bien, muy bien —interrumpe, o quizá no, Eugenio—. ¿Y cuáles son los más importantes?

José María no ha bajado la mirada del techo, lo que indica que posiblemente Eugenio no lo ha interrumpido.

—Bueno, los tres. Los tres son excluyentes. Si se suspende en alguno, suspendida la prueba. Como cuando yo saqué la cátedra: de dos temas, a hacer los dos.

—¿Y tú crees que eso lo va a aceptar alguna? —pregunta Daniel con tono preocupado. Ahora José María sí baja los ojos antes de contestar. Mira a sus amigos alternativamente pero con fijeza.

—No sé si os habréis dado cuenta, pero no voy a hacer otra cosa que lo que la gente hace en la vida corriente. Eso sí, llamando yo a las cosas por su nombre. En realidad, iniciar unas relaciones, cualquier clase de relaciones, es una especie de funcionariado, unas oposiciones. En la vida todo son unas oposiciones. Vivir son ya unas oposiciones a ser vivo que duran veinticuatro horas cada día. Y que suelen aprobarse, hasta el día en que se catean. Y para algunas cosas suele haber una fase de prácticas. En este caso, en mi caso, es el noviazgo. Le pasa a todo el mundo, pero no se dan cuenta. O no lo llaman así, que es lo mismo.

—Ya, claro. Y ser funcionario de carrera es llegar a cónyuge, ¿no? —sonríe Eugenio.

—Exacto.

—¿Y el divorcio —Daniel abre mucho los ojos cuando pregunta— sería una especie de destitución, de suspensión de empleo y sueldo?

—No lo has podido decir mejor. La vida afectiva y el funcionariado tienen la misma estructura. Lo que pasa es que la gente no se da cuenta. Ya os digo.

Daniel no se convence:

—A mí me sigue pareciendo una forma muy burocrática de ver la relación humana.

José María no puede evitar una carcajada:

—Qué va, qué va. Al revés. Lo que hay que ver es lo otro, la función pública como un matrimonio con el Estado, con sus derechos y deberes, con sus temas que se suspenden o no, distintos para cada persona. Y si no, a ver, ¿qué es más antiguo, el matrimonio o el funcionariado?

Eugenio y Daniel ponen gesto de obviedad. Eugenio se adelanta en contestar.

—Hombre, claro, el matrimonio, la pareja, claro, vaya perogrullada...

—Pues eso. Yo sostengo que el contrato laboral con el Estado, el funcionariado, no es sino una copia histórica del contrato afectivo, una evolución social y necesaria suya.

—¡Pero, bueno! —Daniel quiere cortar el tema—. ¿Tú crees que te va a hacer caso alguna mujer, si buscas pareja de esa forma?

José María está demasiado convencido para ceder ante un tono de voz elevado o un argumento radical.

—Hombre, creo que es más serio que si pongo el anuncio típico de viudo cariñoso, discreto y sincero busca amistad para lo que surja y demás, ¿no?

La sombra de una mano con un rotulador puede simular una pistola empuñada y llegar a costar la vida de Eugenio, profesor en paro y detective por afición. La muerte ajena o propia asoma además donde menos se espera y de la manera más extraña. Soledad, especie de novia de Eugenio, su vecindario y sus amigos amueblan la vida de un hombre bienintencionado a quien las circunstancias aprietan hasta quizá el final.



ISBN 978-84-9189-879-5



2961564

algaida

ebook
DISPONIBLE